

Los Ciegos y la Música

Discurso inaugural del Curso Académico
1949-50, leído por el Académico numerario
Dr. D. Rafael Giménez Ruiz, el día 29 de
Octubre de 1949.

Un precepto reglamentario me trae en el día de hoy a inaugurar el nuevo curso. Mi sentido respeto a nuestro reglamento y mi disciplina habitual me obligan muy a gusto a cumplir mi deber de académico. No olvido no obstante, mi falta de méritos y ésto y aquello me hacen estaros muy agradecidos y pedir os excusas, si no estoy a la altura de vuestros merecimientos y del prestigio de esta Corporación.

Cultivé casi toda mi vida, de estudiante, y después de médico, una disciplina dentro de la medicina y fué siempre la misma. Ni en mis aficiones, ni en mis enseñanzas, ni en mis trabajos personales, tuve la menor vacilación y siempre fué mi entusiasmo el mismo. Los enormes misterios que encierra, ni las dificultades de investigación fueron motivo de desánimo, porque entiendo que siendo una de las de más acusada dificultad, es a su vez la de mayor responsabilidad y por qué no decirlo, la que deja el ánimo más tranquilo y alegre cuando el éxito compensa nuestro trabajo y celo profesional.

A esta especialidad le dediqué todas las inquietudes de mi espíritu y si algunas horas de satisfacción tuvo mi vida profesional, siempre estuvieron si nó enturbiadas, fuertemente preocupadas con aquellos deberes y ni un solo minuto libre de esta pesadilla, buscando al fin de ese camino, una tranquilidad en que pudiera decir como el poeta: *Vida, nada me debes; Vida, estamos en paz.*

Pero nunca una sola preocupación por fuerte que sea invade por completo el ánimo. La vida que nos lleva y nos trae, en busca de nuevos horizontes, unos materiales y otros espirituales, hace con frecuencia compartir estos agobios materiales, con goces del espíritu, aliciente y estímulo para seguir luchando, y cada cual los busca en sus más íntimos placeres y aficiones, que no pocas veces son el agradable oasis en nuestra vida de trabajo.

La música fué para mí, si nó el lenitivo, sí el refugio donde me aislé de horas amargas y donde traté de alegrar el espíritu que siempre inmortal sabe alejarse de las torturas del deber, para hacernos vivir las grandezas del alma. Y cada cual busca este rincón sagrado de su íntima meditación; las mías, antes y ahora, fueron por la música, con un sentido empírico si queréis, porque no la estudié a fondo, pero sí con un sentido plástico tan grande, que no sé si trabajo para refugiarme en la música, o busco la música, porque sin ella quizás no podría trabajar. «Cada loco con su tema» dice el refrán y así es, sublime locura digo yo; aquello, el trabajo, para cumplir los deberes ante Dios, ante la sociedad, ante el mundo; esto para cumplir también deberes íntimos a veces irrefrenables, necesarios, para dar al alma lo que es del alma.

Trabajo y arte, la mecánica del cerebro y del pensamiento y la voluntad, el estímulo del corazón es el arte, mientras más lucha el corazón, mejor piensa el cerebro, dijo Charcot, porque él fue un extraordinario médico y fué también un entusiasta de este arte musical.

En la vida de todos los pueblos hay una relación directa entre su bienestar, su grandeza, su esplendor y la atención, la vigilancia y el cuidado que la salud pública inspira a sus gobernantes, es un hecho tan claro que sería perder el tiempo insistir en lo que es bien sabido y lo vemos a diario en esos pueblos extraordinarios que a fuerza de saber ésto, dedicaron sus mejores hombres, dándoles todos cuantos elementos su deber científico les imponía y en el campo de la medicina no limitaron sus esfuerzos a aliviar las dolencias ajenas, deber ineludible; sino a lo que es más difícil y hasta científico, a evitarlas, mucho más difícil, en busca de una perfección que marca en cada pueblo su nivel de cultura y alto sentido humanitario.

Concretamente, en nuestra especialidad muchos ojos se pierden, porque los hombres no trabajan como debieran hacerlo y no por incuria de ellos, como solemos decir para eludir una responsabilidad que nos cae por completo, sino por no haberles enseñado como debe trabajarse, porque no se les facilitaron los medios para evitarlo y porque después de enfermos no se les llevaron los auxilios necesarios, porque los demás no pensamos en ellos. La ciencia no puede estar en manos de todos, ni puede administrarla quien carece de un mínimo de responsabilidad. Decía Napoleón con cierta ironía que los Latinos servían para todo, pero para servir la salud ajena los médi-

cos, frase general que a través del tiempo se va olvidando y aquí y allí todos servimos para todo, que es tanto como decir que no servimos para nada, cuando desorbitados por ambición o por egoismos, queremos vivir a la sombra de una entelequia, pero el caso es vivir.

No me propongo llevaros por ese camino desagradable de estadística y estadística de enfermos, que no sería ciertamente de vuestro agrado, ni en este momento del mío, quede para nosotros, los que voluntariamente escogimos este camino, el ineludible deber de no abandonarlo, de estudiar, de pedir, de suplicar y hasta enfrentarnos con los «cómodos». de pedir a todos, que se fijen en este problema, cuya tramitación nosotros vivimos, cuyo resultado final todos contemplais, cuando el fatalismo de lo irremediable nos hace mirar con tristeza en el corazón a hombres y hombres que al perder los ojos, lo perdieron todo y ante esto, solo les queda para su contento, ese mar infinito de su alegría fatalista, que en su sonrisa que parece alegría, es más bien un reproche, con que nos dicen a todos que no supimos mirar por ellos y por eso ellos solo podrán mirar siempre a Dios.

Nadie desconoce, que entre los órganos de los sentidos, lo mismo por sus funciones, que por la importancia de ellas, corresponde el primer lugar a la vista. Observemos la disposición admirable que ocupa el ojo en relación con cualquier otro órgano del cuerpo humano. Corresponde a él la denominación de excelente órgano, y hasta de sublime órgano, calificación que no puede ser atrevida. El ojo está con respecto al hombre, en la misma relación que éste con el universo y por ello los antiguos representaban la divinidad, bajo la forma de un ojo, como si fuera el símbolo más digno y noble de quien todo lo vé. Su situación entre el cerebro y la cara, entre el pensamiento y la expresión, entre las ideas y las palabras, entre la cámara y la pantalla, es el vínculo más exacto entre los dos mundos. El uno, donde se forman las ideas, el otro, donde no se exhiben, donde se exteriorizan y donde se plasman las bellas y atrevidas composiciones del pensamiento humano, el ojo vigila esos dos mundos, siendo él, la frontera fisiológica de cada uno. El preside a todos los demás y colocado sobre todos, con intuición divina, vigila orgulloso nuestra vida y como un dictador indomable, nos lleva por donde él quiere, a veces nos separa cauteloso del peligro ajeno y nos lleva por rutas de exquisita sensibilidad, donde la belleza, al mismo tiempo que nos cautiva, nos trae peligros inmensos, como dijo el poeta «el ojo no

duerme», porque cuando soñamos, el ojo nos guía por ese mundo sublime de la fantasía. Mundo que aún persiste cuando ellos se cierran y por ello la sonrisa de los ciegos es claro exponente de la vida íntima y feliz que a pesar de su inmensa desdicha, viven en su más sublime fantasía.

El ojo está unido íntimamente con las demás partes del cuerpo, lo enseñan la anatomía, la fisiología y hasta la patología; grandes procesos de difícil diagnóstico los descubre en su mundo pequeño, la vida íntima de los elementos del ojo, la medicina general no puede dar un paso sin estudiar el estado del ojo, en ese mundo tan pequeño parecen vivir el resto de nuestros elementos vitales, y muchos muy alejados de él, reflejan en su sustrato anatómico la marcha de un proceso al que puede pronosticarse con casi absoluta seguridad, el porvenir y hasta el final de su lucha.

Pero existe además un lazo de unión con el alma. Si el cuerpo sufre una herida, el dolor por ella producido se manifiesta enseguida en el ojo. Una fuerza disoluta que merma las fuerzas del cuerpo, apaga la viveza de los ojos. Si padecemos penas *muestra* el ojo el padecer del alma y así las alegrías tienen en el ojo su más clara evidencia. En el ojo conocemos al instante, el pensamiento de los demás, por *aquello* de ser el espejo del alma. En el ojo leemos el pensamiento íntimo del corazón. En él se revela el valor, la alegría, el enfado los inflama, la tristeza los enturbia, la veneración los alegra, en la vergüenza buscan ocultarse, el miedo pónelos en movimiento inquieto, el deseo los desorbita. En una palabra, por el ojo podemos con una mirada, penetrar en lo más recóndito del alma humana y juzgar a los hombres a veces en ese mundo de la fantasía, del que casi siempre volvemos con pena, o de ese otro del dolor, que tan a gusto abandonamos. En uno u otro vivimos y nos movemos con la gran libertad que él nos proporciona, libertad que perdemos cuando él nos falta y entonces nuestra vida está a merced de los demás, vivimos nuestro mundo íntimo de la fantasía, pero nos falta el externo, el de las realidades. El ojo nos hace descubrir el pensamiento ajeno y hasta el carácter de las gentes, conocer su inteligencia, o su estulticia, sus virtudes o sus vicios y hasta su ánimo firme o variable. El mundo que anima todo nuestro ser, tiene en el ojo, dentro del ojo, su exacta expresión y por eso inconscientemente los grandes secretos de una vida podemos descubrirlos mirando fijamente a sus ojos, que a veces pueden engañar, pero otras veces rendidos a la terrible interro-

gación ajena, se entregan en humillante confesión, sin otra palabra que su brillo perdido. Esto es el alma de los ojos que como dijo el poeta en ellos es donde siempre debemos buscarla es, quizás, el único sitio del cuerpo donde la vemos claramente, sin ojos el alma va a refugiarse tan hondo que para buscarla hay que penetrar en el corazón humano, hay que conformarse con suponerla.

Mucho hablaron los poetas y los que no lo somos del conjunto de una mujer, y siempre, cuando quisimos culminar nuestra más profunda admiración, abrimos nuestros ojos para ver mejor los suyos: los azules de sencillez y modestia, los castaños de orgullo y nobleza, los negros de altivez y soberbia. Todas las razas humanas tuvieron en el color de sus ojos, un signo inconfundible, y pueblos y pueblos que a través de sus rancias costumbres, de su sentido púdico, ó del celo vigilante de sus mujeres, quisieron ocultarlo todo, solo quedaron sus ojos y por ellos llegamos siempre al alma de sus mujeres.

Los ojos de una mujer son todo, hablan sin el lenguaje de las palabras, saben escuchar con el silencio de su misterio y siempre el alma femenina tiene su más claro exponente en sus ojos.

Con frecuencia decimos de los demás, tiene ojos de mirada audaz y cuando de cuando en cuando contemplamos esos ojos enérgicos y de brillo opaco, de horizonte incierto, de dudosa fijeza, de escondida y oculta sensibilidad, ojos duros que parecen esconder misterios de dolor o de odio y que sin hablar también nos dicen lo que piensan tras ellos, ojos sin decisión que parecen luchar entre el bien y el mal, para muchos de ellos quizás no exista el bien y solo se *cierran* para pensar en el mal, y cuando se abren los realizan sin compasión, son el espejo de su alma y mirando en ellos se ve algo de ese mundo confuso en que pretenden luchar.

El alma de los ojos es tan compleja y difícil de conocer que quizás los que pasamos días y días mirando en ellos, unos sanos y enfermos otros, sabemos que ese lenguaje es tan elocuente cuando enferma un ojo, que cuando la salud les devuelve la vida. La alegría, sentido extremo del alma humana, es más expresiva cuando los ojos rien que cuando los ojos lloran. Las lágrimas fisiológicas o espirituales nos dicen siempre que no anidan jamás en corazón perdido, porque ellas son el estímulo de todas las sensaciones, quien llora sabe purificar su alma como la más profunda oración a Dios, ya lo dijo el Santo, benditos los que lloran porque quisieron salvar su alma

y siempre Dios les bendijo, porque una lágrima es el más puro testimonio del perdón divino.

Los que a diario luchamos por salvar este órgano sabemos muy bien cuanto encierra esta noble lucha, cuantos dolores se escapan a nuestras manos y cuanta resignación es para nosotros el deber cumplido. La ceguera, término final de tantas ilusiones es también término final de nuestras sanas ambiciones en la lucha para alejarla y sin embargo espectro fatal, que después de días y noches de terribles preocupaciones es realidad que nos abrumba y que deja siempre vinculadas todas nuestras horas a la diaria realidad de nuestra impotencia para vencerla, afortunadamente no siempre, y bien compensa de todas estas horas un triunfo que entre todas las desventuras buena parte de ellas son compensadas con alguna realidad agradable. Por ello no somos del todo responsables, porque movemos la ciencia, que marchando muy despacio nos deja siempre realidades agradables, o ilusiones más o menos tangibles, que al ponernos frente a ellas hemos de improvisar heroísmo para seguir marchando en busca de un final agradable, que para unos se traduzca en la contemplación del cuadro maravilloso de colorido impresionante, para otros el libro ameno que nos deleita, para otros hacia ese mundo encantado del pentágrama. Hay en el campo de la ciencia dos formas de ceguera: una que aun conservando el órgano esencial a la visión, que nos pone en relación directa con el mundo exterior que nos rodea, dándonos cuenta del intrincado movimiento del mundo que nos impresiona y por el que marchamos a merced y conscientes de nuestra ruta material, pero a veces somos incapaces de, por la sola impresión visual, conocer el valor de todo lo que llega a nosotros, música, pintura, literatura, las vemos y sabemos percibir las, pero falta a nuestro sentido un elemento psíquico que las transforma en percepciones y sensaciones superiores; estos ciegos van por el mundo y sus grandes bellezas son percibidas en su dimensión material y tangible, pero les falta el órgano cerebral de la visión, yo les llamo ciegos para la belleza externa, esa belleza que el mundo nos ofrece es para ellos, para estos ciegos, totalmente nula. Son muchos, son tantos que quizás estén en mayoría; las bellezas del mundo exterior en cualquiera de sus manifestaciones y casi todas ellas producto del genio, si no precisan otro genio para percibir las, si es necesario un sentido espiritual que forme ese mundo de ilusiones y de grandezas, que para algunas gentes es la máxima felicidad.

Esta variedad de ciegos es, a mi juicio, la más desgraciada. «Tienen ojos y no ven» dice el Evangelio, y es verdad, pasan siempre cerca de las grandezas del mundo con la indiferencia total del ausente, como si nada les impresionara, son incapaces de organizar su propia intuición artística, son incapaces de ver y les falta su gran ilusión, caminan por el mundo sin analizar su forma espiritual, dejando día tras día los destellos del genio y al llegar al final de su camino poco o nada han sentido, llevan intacto su espíritu, que al final y al cabo es el exponente de nuestros afanes y ambiciones, de todo en una palabra, llegan al borde de la vida y no llevaron en su mundo interior más que una placa velada, sin vida, sin sensibilidad, son ciegos que perdieron el guía material de sus vidas, pero que aún conservado, no sirvió en ellos para penetrar en el otro mundo del espíritu, reservado siempre para quien supo o pudo llegar con ellos a las intrincadas reservas superiores del alma.

Santa Lucía.—...¡Señor, que veal.. exclama el ciego del Evangelio, ante la pregunta de Jesús.

Y este clamor, que arranca de las entrañas mismas de la humanidad lacerada por una de las mayores desventuras, resuena en el tiempo y en el espacio, como una inquietud, como un deseo, como una esperanza...

Ni aún la proximidad de la muerte es capaz de hacer que el hombre se resigne a las tinieblas que avanzan como un cortejo inexorable... ¡Luz! ¡Más luz! gime Goethe, moribundo, y esta luz que acaricia los ojos que tuvieron tanto movimiento y que ya se van volviendo estáticos, es una persistencia obstinada de mantener la vida, de un ser luminoso en trance de pasar a las tinieblas.

Resultado de este anhelo de luz es la plegaria, la invocación religiosa que la humanidad doliente y fervorosa dirige a los poderes sobrenaturales, pidiendo remedio a la ceguera.

El Cristianismo ha escogido algunos Santos para que sirvan de Abogados contra las diversas enfermedades, tomándolos como intermediarios entre el hombre afligido y Dios omnipotente, culminando estas designaciones en la de la Virgen, madre de Jesús, la cual, en sus diversas advocaciones se hace eco de las peticiones del remedio contra muchas enfermedades y contra las amenazas de la muerte.

Al mismo tiempo, tales Santos son tenidos como Patronos de los que se dedican, especialmente, a la curación de una enfermedad es-

pecífica y de quienes ayudan con su trabajo y su estudio a la acción de los médicos especialistas.

Desde tiempo inmemorial, nuestro mundo latino y mediterráneo se dirigió a Dios pidiendo remedio contra la ceguera y contra las enfermedades de los ojos, tomando como Abogada a Santa Lucía. Otros muchos Santos son invocados para sanar las enfermedades de la vista y prevenir la ceguera.

Santa Odilia (alrededor de 660-720) debe su patronato de los enfermos de los ojos a la circunstancia de que ella misma era ciega de nacimiento y a la edad de 12 años recobró milagrosamente la vista. Su padre fue el Duque Amalarico (en algunos informes se le llama también Etico), que recibió la Alsacia como don de los reyes merovingios. Enfurecido por el nacimiento de la criatura ciega, cobró contra ella tal odio que ordenó que la mataran. Los ruegos de la madre lograron salvar a la niña, la cual, sin embargo, se crió sin ser bautizada en el Convento Balma (Baumare-les-Dames) cerca de Besancon. Al cabo de algunos años, el obispo Erhard von Regensburg, incitado por una aparición, se dirigió al convento y bautizó a Odilia. En el momento en que el obispo tocó los ojos con el santo crisma, la niña recobró la visión. El obispo la dirigió las siguientes palabras: «Hija mía, ojalá me mires así en la vida eterna». Amalarico, sin embargo, siguió persiguiendo a su hija con su odio y en su cólera incluso mató a su hijo Hugo, cuando éste le participó el regreso de su hermana.

Solo al fin de su vida sintió Amalarico remordimiento y rogó a Odilia que rezara por la salvación de su alma. Le regaló el Castillo Hohemburg (llamado más tarde Odilienberg), que ella transformó en un convento de monjas que dirigió como abadesa. Para ahorrar la penosa ascensión al convento a los enfermos de los ojos que la visitaban en peregrinación, fundó al pie del monte un hospital. Una de sus sucesoras, la abadesa Herrad von Landsberg (1167-1195), narró la historia de Odilia en muchos cuadros de su célebre «Hortus deliciarum» cuyo original quedó destruido en 1870 durante el incendio de la Biblioteca de Estraburgo, aún cuando por fortuna se ha conservado una fiel copia de la obra.

Hay muchas Santas Lucías, pues fueron muchas las mujeres que tomaron tan poético nombre y merecieron los honores de los altares.

La de veneración más antigua y de más universal renombre es

Santa Lucía de Siracusa, la cual, generalmente, es representada por pintores y escultores con la palma del martirio en la mano derecha y los ojos en la mano izquierda, ya en un plato ya en otra forma ostensible para excitar la devoción de los que la miran como patrona de los oculistas y como abogada contra las enfermedades de los ojos.

Un nimbo y una leyenda envuelven la vida de esta Virgen y Mártir de Siracusa, no como cendales que oscurecen la verdad histórica sino a la manera de relieves, que hacen más notable la figura y dulcificaciones que la hacen más amable.

Según el Martirologio, Lucía, cuyo nombre es un trasunto de luz, nació en una familia noble de Siracusa, quedó huérfana de padre siendo muy niña, creció al cuidado de su madre Euticia, distribuyó sus bienes entre los pobres, hizo voto de castidad y rehusó casarse con un caballero pagano que la pretendía y que, despechado, la denunció como cristiana.

Después de varios hechos milagrosos que se atribuyeron a su hechicería, fué puesta en una hoguera que resultó inoperante y, al fin, murió atravesado su cuello por una espada. La fecha de su martirio es la del año 298, según unos, o la del año 303, 304 ó 305 según otros.

Por aquellos días, Siracusa era una ciudad espléndida y populosa una de las mayores ciudades del mundo romano y en ella resonaban aún los versos del Pindaro que allí había cantado el Etna que preside el horizonte, como «el pilar del cielo». En su teatro había estrenado Esquilo algunas de sus tragedias y sus murallas abarcaban un perímetro mayor que el de cualquier otra ciudad antigua.

De este ambiente de gloria y exaltación murió Santa Lucía y de allí se difundió su culto por todos los países en que volaban las águilas de Roma.

A España debió venir muy pronto el renombre de Santa Lucía y es probable que una de las ciudades que primero le tributaron culto fuera Tarrasa, la antigua Egara que fué sede episcopal en tiempos de los visigodos. De las ruinas de la primitiva catedral fueron edificadas las tres iglesias románicas de San Pedro, Santa María y San Miguel que, reunidas en lugar evocador, constituyen un núcleo artístico tan notable, que por el extraño *avecijnamiento* de las tres iglesias, resulta más interesante que el mismo agrupamiento de las iglesias notabilísimas de Rávena.

En la iglesia de San Pedro de Tarrasa, cuyo crucero y presbiterio son restos de un edificio romano, se guarda la más antigua imagen de Santa Lucía que conocemos.

Esta imagen del siglo XII, conservada en un ambiente de cristianidad antigua, cierra y define completamente la cuestión de Santa Lucía como Patrona de los oculistas y Abogada contra las enfermedades de los ojos. Por lo tanto, esta devoción y esta plasmación de Santa Lucía con la palma del martirio en la mano derecha y los ojos en un plato sostenido en alto por la izquierda, no puede confundirse con la veneración que en Jerez de la Frontera se tributa a la beata Lucía la Casta, terciaria dominica del siglo XV, a la cual se atribuye el rasgo heroico de arrancarse los ojos y ofrecerlos a un caballero que estaba enamorado de ella, sin correspondencia.

Sagaz y acertado estuvo el doctor Castillo de Lucas, en su admirable obra «Folklore Médico-Religioso», al tomar el folleto mencionado y la imagen que le preside como una demostración de que la Santa Lucía, Abogada contra las enfermedades de los ojos, no debe confundirse con la beata Lucía, de Jerez, porque, a lo menos tres siglos antes de que la última naciera, ya se tributaba culto a la Santa de Siracusa y se la representaba con los ojos en un plato.

Algo parecido debe decirse de la Santa Lucía, pintura del siglo XII que forma parte de la decoración mural de la iglesia de Santa Eulalia de Estahón (Lérida).

El hecho de que las Actas del Martirio de Santa Lucía no mencionen sus ojos como objeto de tormento, no es bastante para creer que no le fueron arrancados, pues las actas pueden ser incompletas de la misma manera que fueron interpoladas.

La iglesia más antigua dedicada a Santa Lucía y que ha llegado a nuestro conocimiento es la construida en Siracusa, en el lugar vecino a la playa donde se supone que la Santa sufrió el martirio. Se trata de una iglesia de origen normando que preside el suburbio llamado también de Santa Lucía. Queda poco de la construcción original del siglo XI, pero es suficiente para dar un sello de nobleza al templo y a la inmediata capilla en que subsiste el primitivo sepulcro de la Santa.

Igualmente, otras poblaciones contienen barrios dedicados a Santa Lucía, que reciben tal nombre del hecho de agruparse en torno a una iglesia que la tiene por Patrona. El hecho implica la existencia

de una imagen de Santa Lucía que, a veces, es una primorosa obra anónima de arte.

Entre estos barrios de Santa Lucía, destaca el de Nápoles, junto al puerto luminoso y bullanguero, en cuyas inmediaciones tiene el ambiente las diversiones y serenatas que tanta fama dieron a la populosa ciudad. La célebre canción «Santa Lucía» hiende a menudo los aires y su melodía no solo llena el ambiente de Nápoles, sino el del mundo entero, por el cual se han extendido sus ecos; otra manifestación de arte y de emoción que se junta a la pintura y la escultura, recordando a la humilde Santa a quien invocan muchas almas heridas por el deseo de conservar o recuperar en los ojos la luz que hace amable la vida y da a las cosas un valor imponderable (Capdevila, del folleto «Iconografía de Santa Lucía», editado por los Laboratorios del Norte de España, con motivo de la XXVII Asamblea de la Sociedad Oftalmológica Hispano Americana).

En Córdoba hubo en un altar que existió en el crucero central de la Catedral, hoy desaparecido, una pintura de Santa Lucía, del pintor Peñalosa, discípulo de Céspedes. Y en la Iglesia de San Francisco, en el altar de San José, otra pintura de Santa Lucía, de Saravia.

Casi todas las iglesias de Córdoba tienen en lienzos o altares, recuerdos de la Santa.

La Música y los Ciegos.—Quizas de todas las actividades del cuerpo y del alma donde con más frecuencia refugia el hombre la terrible desgracia de su falta de vista, es en la música y no es solo ciertamente, porque en su mecánica encuentren ellos más fácil devoltura de su vida, hoy las enseñanzas de estos mutilados es extensa, quizás más fáciles otras y hasta más remuneradas. Los ciegos se refugian en la música, seguramente porque encuentran este refugio más apacible, más grato a su enorme desgracia, buscan sin duda en la mecánica de su enseñanza, un futuro mundo de placer que tanto ansían, un lenitivo que para ellos es necesario y que no creen encontrar en otra actividad, son músicos por necesidad y por intuición. Lo vemos a diario, el ciego de nacimiento, como el que lo ha sido después de nacer, con mucha frecuencia elige la música como profesión, como medio definitivo de vida y dentro de esta forzada determinación, o voluntarias otras muchas, el camino a recorrer no se reduce a una vulgar aspiración lograda en límites tan modestos que, quizás a veces señaló el decir ajeno como una simple e intrascendente profesión callejera, como una mecánica simplista, que al pasar de

la gente, solo inspiraba una lástima, compensada con unos céntimos, quizás sea esto lo que vimos con más frecuencia, pero sin duda alguna tras de este ejemplo de arte intrascendente, se ocultó la gran inspiración y la gran ejecución que dió al mundo genios extraordinarios.

Unos y otros, los que triunfaron y los que vivieron siempre en el innominato, eligieron la música como profesión, o como medio de vida y de todas las actividades a que pudieron acercarse, de todas las formas de vida en que pudieron refugiar su desgracia, eligieron la música y en ella aprendieron a vivir y en ella a compartir su terrible desgracia, sus horas interminables y eternas. Y este fenómeno esta predilección es empírica. ¿Es indiferente? ¿es arbitraria? ¿lo hacen por puro fenómeno caprichoso?, eligen la música como pudieran elegir otra actividad cualquiera?, no lo creo así ciertamente.

Decía Goethe, que de todas las manifestaciones de la belleza, quizás sea la música, la más necesitada de personales privilegios, unos de condición innata, otros de educación personal, aquellos fuera de nuestra voluntad, estos son el producto de nuestra propia condición.

El pintor, pinta y habla, comenta y entretiene los demás sentidos, mientras trabaja, sin abstraerse del mundo que le rodea.

El escritor, también trabaja en un ambiente de mundo intranquilo, y trabaja y escribe sin abstraerse por completo de los demás. El poeta y el prosista dan sus libros y sus versos que son más inspirados en un motivo momentáneo, quizás para hacerlos necesitó su inspiración la musa del bullicio y sin él, aquella inspiración parecía atrofiada, es lo que podríamos llamar la musa impresionista que ha necesitado para formar su obra el estímulo de los demás, ella vive como aletargada en el cerebro del genio y parece dormida en la soledad, solo espera el pinchazo de fuera, para verter el caudal inmenso de su inspiración. Aquella mesa que conservan los franceses como monumento nacional, donde el gran poeta Verlaine escribió sus mejores versos, allí en aquel inmenso bullicio del París activo, en aquel café de Niza, que cuantos pasamos por él miramos con emoción la famosa mesa de Verlaine, quizás desaparecida ya, pero que un día fué templo donde los parisinos iban con la misma emoción que al Templo de los Inválidos.

Café de Castilla, museo típico, que hasta su desaparición conservaba en sus mesas la huella genial de nuestros mejores escritores,

allí Carrere, como Veriaine en Paris, tuvo su mesa que conservó hasta su muerte, dejando en su mármol los mejores versos. Al desaparecer este café, sus dueños, como museo sagrado, conservan todas esas piedras, que a modo de inscripciones sagradas pasarán a nuestra historia literaria.

Del mismo modo, el gran poeta Villaespesa, allá en el cuarto modesto y oscuro de una antigua pensión madrileña y rodeado de gente, escribió el «Alicázar de las Perlas», obra inmortal de la poesía española.

La musa de estos grandes vates no necesitaba del silencio, ni el recogimiento para volar en busca de los impresionantes destellos del Genio.

El músico no puede ejecutar en ese mundo de la zarabanda, puede vivir su vida íntima a pesar de todo, lo que le rodea, pero no puede producir, ni jamás produjo un músico nada, si no fué en el silencio, donde solo puede vivir la musa, que para salir y posarse en el pentágrama, tiene que hacerlo con el recogimiento de un mundo sin vida.

No está muy llena de ejecutantes ni compositores geniales la estadística de los ciegos músicos, son con frecuencia ejecutantes fáciles, de música fácil, suelen tener un arsenal numeroso pero sencillo y sin embargo, cuando observamos al ciego ejecutando una obra sin dificultades, si lo analizamos bien, vemos con frecuencia, por no decir siempre, que su ejecución es rígida, con severo respeto y que su vida está pendiente de aquellas notas y con frecuencia cuando el mundo que les rodea mira indiferente, escucha con poca atención su obra, él, libre de todo lo que le rodea, expresa su júbilo, su íntima alegría, que vemos dibujarse en el rostro inocente del ciego.

Es el exponente más claro de que aquel artista está viviendo por entero su obra, que será sencilla para los demás y para él también, pero también es el más acabado monumento de inspiración, convirtiendo algunas notas deslavazadas y triviales en la gran sinfonía de su vida.

Pasa la gente cerca de ellos con la indiferencia más absoluta, y allá por esquinas y calles, hasta su misma miseria la envuelven, la ocultan, con la altivez del artista y entre nota y nota, como una plegaria a la caridad humana, en vez de poner la mano a la bondad ajena, lanzan y lanzan sus notas, que son la voz de su alma y su sonrisa que es la plegaria al Cielo, no piden, ejecutan, porque como to-

dos los artistas, creen vivir más del pan de su espíritu que del otro, que suelen negarle los hombres.

Ciegos y músicos, allá van por el mundo con sus notas, y a veces, al final de sus días y quizás tras la esquina que tantas veces le escuchó, cuando ya su violín no hable, habrá terminado para ellos también su vida, su vida de arte popular, que no cambiaron por otra más cómoda, porque les faltó en ésta el embrujo de su arte sencillo.

Joaquín Rodrigo.—Al ciego sublime solo le conocí unos momentos y me pareció como todos los ciegos músicos, o músicos ciegos, alegre, sonriente, con la cabeza alta, alta por conciencia de su genio, por la altivez de su arte y por la altura de sus grandes pensamientos, ¿pensando en qué? siempre en lo mismo, en su música, no en la música, en la suya, en esa música que sin perder su privilegiada originalidad nos hace pensar cómo el camino más corto y más seguro en la historia de los grandes músicos, que él nos recuerda en sus obras, en aquella línea que comenzando en Juan Sebastián Bach, siguiendo en Haendel, Haydn, Mendelson y Mozart, con sus grandes conciertos, que llegaron a nosotros en las obras inmortales de Rodrigo y que culminaron en el famoso concierto de Aranjuez, su obra cumbre, la habéis oído, habéis oído nada más bello, más inspirado ni más original, pues lo ha hecho un ciego, un ciego que lo que le falta en los ojos le sobra de luz en el alma, lo que no impresionó su retina impresionó su espíritu, que es la forma más bella de hacer la música.

A los tres años perdía la visión, es por tanto ciego de siempre, no ha conocido más que un remotísimo complejo del mundo que nos rodea y que no dejó de seguro ningún recuerdo, fué un inspirado y pronto perdiendo aquella visión, llenó su alma de la otra, de la suya de siempre, de la música.

No conoce el color de las flores ni las bellezas de su conjunto, solo su olor, última expresión de su belleza, impresionó su alma de ciego y quizás de ellas, de aquellas bellísimas de su tierra valenciana, donde por vez primera las percibiera, extrajo él con su esencia, los primeros destellos de su inspiración.

Joaquín Rodrigo, que con otras muchas obras, ha compuesto ese magnífico concierto, ese jardín de bellezas inmortales, ciegos sus ojos, ha podido abrir un mundo en el que vivirán para siempre sus notas geniales, su música inmortal.

Aquellos grandes genios de quien fué feliz continuador Joaquín

Rodrigo, tuvieron genio e inspiración y como ellos Rodrigo, la gracia divina de su arte insuperable, pero él no tuvo ojos y tuvo que ensanchar su alma para sentirlo. Aquellos grandes compositores tuvieron el gozo inmenso de ver sus obras, percibir su grandeza en el fácil entusiasmo de los demás y su legítima vanidad de elegido, tuvieron en su contemplación el halago a su mérito. Joaquín Rodrigo no goza nada de esto, él compone, oye, escucha y a solas con su inspiración, cuando todos callan, él percibe el sublime halago de su fecunda inspiración y solo en su sonrisa deja asomar el santo gesto de su vanidad, vanidad de niño, vanidad de un alma pura y grande, vanidad de un artista genial, sin otro estímulo que su propia sonrisa, en una palabra, vanidad de santo resignado, que escribe y produce para los demás, sin importarle otra voz que la lejana de su inspiración, que empezando en el Cielo, viene suave a posar sus notas en el rostro alegre o triste de un ciego músico, que es como si dijéramos un ciego divino.

Aristocrático, fino, de altura técnica, un consagrado, pero a su lado hemos de pensar en tantos y tantos otros músicos ciegos, que refugiaron su desgracia en la música, sin alcanzar la gloria de él, muchos, muchísimos, que vemos y oímos a diario, unos en la esquina con el instrumento al hombro, otros llevando su música por todas partes, y entre todos, hemos de pensar en alguno que dejó huella en nuestro recuerdo, que aún le vemos, sin tanta gloria pero con íntima y lejana simpatía. También se llamaba Joaquín, músico de café, de todos los cafés de Madrid, gran ejecutante, yo le oí tantas veces entre aquel público, mitad estudiantil mitad bohemio, llegué a conocerle muy de cerca, con su sonrisa complaciente noche tras noche, llegamos a familiarizarnos tanto con él, que nació más que una admiración al artista un cariño al amigo grande. Una noche no fué al café, preguntamos y nos hablaron de grave enfermedad, y allá a su casa nos dispusimos a ir, pero cuando caminábamos hacia ella nos cruzamos con su entierro, habíamos perdido al gran amigo, el amigo de la sonrisa complaciente, al artista popular y generoso; caminamos tras él y al mismo tiempo de un pobrísimo Bar y de un viejo gramófono salían las notas de la quinta sinfonía que mezcladas con nuestras lágrimas irían tras él, como homenaje pobre y sublime a su sonrisa y a su infinita desgracia.

Rafael Giménez Ruiz.